

## CAPÍTULO III

### SINDICATOS Y OTRAS ORGANIZACIONES DEL PROLETARIADO

#### 1

#### INTERESES INMEDIATOS E HISTÓRICOS

**P**or la forma en que produce su vida social y por el lugar que ocupa en el proceso de la producción, el proletariado tiene tanto intereses inmediatos como históricos.

Los intereses inmediatos (que se plantean todos los días y de manera directa e inmediata) son aquellos que se refieren a las condiciones de vida y de trabajo y que urge resolverlos sobre la marcha. Se los llama también salariales o económicos y constituyen el ámbito natural de la actividad sindical, emergen inclusive cuando las masas se mueven instintivamente. Cuando la explotación es excesiva, por las bajas remuneraciones y por la jornada de trabajo muy prolongada, cuando las condiciones de vida son muy malas o cuando el trato que reciben los obreros de parte de los capataces y patronos es excesivamente despótico, los oprimidos plantean las reivindicaciones inmediatas, encaminadas a poner atajo y mejorar esas lamentables condiciones de vida y de trabajo. Entonces el sindicato funciona a cabalidad como órgano de resistencia.

Si las leyes interpretan los intereses generales de los patronos y el gobierno se conforma con imponerlas, en su aplicación práctica pueden surgir -y surgen todos los días- discrepancias y contradicciones entre los empresarios individuales y la ley y el gobierno. Los capitalistas aislados se esfuerzan por enriquecerse más rápidamente super-explotando a sus trabajadores, inclusive destruyéndolos físicamente, lo que violenta el espíritu de la ley burguesa.

En nuestro país afloran con frecuencia formas bestiales de super-explotación. Ya se tiene indicado que en el Oriente del país prácticamente hay formas de trabajo esclavista. En las ciudades, elementos extranjeros vienen organizando empresas pequeñas en casas de departamentos, contratan a mujeres porque exigen menor salario y les obligan a permanecer junto a las máquinas diez y doce horas, además no les conceden beneficios sociales, ni son aseguradas en la Caja Nacional de Seguridad Social. Estas mujeres esclavizadas están sometidas a un régimen bestial y se llega al extremo de prohibirles que tengan hijos.

El sindicato revolucionario no es legalista, pero está obligado a sacar toda la ventaja posible de la legislación social. Tiene que luchar con energía contra toda forma de super-explotación, en la que debe incluirse el sistema de los contratos eventuales.

Los trabajadores van acumulando experiencia en esa lucha diaria, preparándose para poder adquirir conciencia de clase, de esta manera el instinto puede transformarse en conciencia clasista. La lucha por los objetivos inmediatos es, pues, de mucha importancia y permanente. No puede pensarse en la lucha política al margen de esta experiencia primaria.

Normalmente, las masas se mueven impulsadas por sus necesidades inmediatas, acicateadas por las dificultades que encuentran en su existencia diaria. Esto no sucede únicamente en la época de la lucha instintiva, sino también cuando la clase ya ha superado algunos peldaños en la evolución de su conciencia. Las grandes movilizaciones de masas tienen como eje las reivindicaciones inmediatas.

Cuando se satisfacen las demandas inmediatas no se transforma cualitativamente el capitalismo (no deviene otra sociedad), sino simplemente se introducen algunas rectificaciones cuantitativas al viejo sistema social capitalista. Las reivindicaciones inmediatas son, pues, las reformas, que se distinguen por su evolución pacífica y gradual.

La lucha por las reformas (reivindicaciones inmediatas) es necesaria e imprescindible si se actúa en el seno de las masas. Sin embargo, lo correcto es considerarla como una palanca, como un medio, que

impulsa a los explotados hacia la conquista del poder, hacia la transformación cuantitativa del orden social imperante. Dicho de otra manera, lo malo consiste en quedarse en las puras reformas, en consagrarlas como la finalidad última de la lucha, en desvincularlas del objetivo estratégico para concluir olvidándose de éste, las reformas constituyen la materia prima de las maniobras tácticas.

La unidad de la lucha por las reivindicaciones inmediatas con la conquista del poder se logra transformando a las primeras en el puente que lleve a los explotados, desde la lucha necesaria por la satisfacción de sus necesidades diarias y del estado real de la poca o no evolución de su conciencia, hacia la conquista del poder político, hacia posiciones que les aproximen a esta finalidad, lo que prueba la existencia de un movimiento revolucionario bastante desarrollado. La revolución supone la reforma y ésta, si se plantea en la perspectiva histórica, debe proyectarse hacia la primera finalidad.

Los que separan y dividen con un muro infranqueable las reivindicaciones inmediatas de las históricas, la reforma de la revolución, la táctica de la estrategia, concluyen como reformistas, como mantenedores del orden social establecido, de la gran propiedad privada burguesa. Esto es lo que sucedió en el campo socialdemócrata, donde la mayoría de los grupos políticos dieron las espaldas al socialismo y quedaron inmersos y estrangulados en medio del activismo reformista. El programa mínimo (reivindicaciones inmediatas, reformas) se convirtieron en guía y límite de la acción de los socialistas y el programa máximo (programa del socialismo) quedó relegado para un futuro indeterminado, inalcanzable. Por este camino equivocado el socialismo solamente podía acabar en el reformismo. La socialdemocracia, el stalinismo, el nacionalismo, el MIR, el PS-1, etc., encarnan esta postura.

Tal problema ha sido motivo de largas polémicas. El partido revolucionario suelta en un proceso único la lucha por las reivindicaciones inmediatas con la lucha por la conquista del poder mediante el programa transitorio.

Los intereses históricos son aquellos que emergen del propio desarrollo de la sociedad, de las leyes de su transformación. El capitalismo al desenvolverse va creando los gérmenes materiales de la futura sociedad que concluirán por destruirlo; el proletariado encarna esta tendencia, encarna las leyes de la historia. Ni duda cabe que la tarea histórica del proletariado es resultado del lugar que ocupa en el proceso de la producción. Esto que es el objetivo final, estratégico, de la lucha consiste en la conquista del poder y en la destrucción del capitalismo. El proletariado es el sepulturero de la sociedad burguesa, que para libertarse efectivamente tiene que dejar de ser proletariado.

La clase obrera para cumplir su misión histórica tiene que adquirir conciencia, que quiere decir conocer cómo es explotada, cómo puede libertarse y qué métodos va a emplear para lograr tal objetivo. Tiene que poder expresar los intereses generales de la clase, los intereses históricos, que no son otros que la revolución y dictadura proletarias; en nuestro país capitalista atrasado también los intereses de las clases que componen la nación oprimida por el imperialismo.

Se trata de una tarea mediata e histórica, porque la clase previamente tiene que superar el proceso de su concientización, lo que únicamente puede darse mediante el partido político. El sindicato permite acumular experiencia diaria, pero no es capaz de contribuir a la transformación del instinto de clase en conciencia, en actividad política.

## 2

### **INSTINTO Y CONCIENCIA DE CLASE**

**E**l ser determina la conciencia y no al revés. Tenemos que repetir que el modo en que el proletariado produce su vida social determina su instinto y su conciencia de clase. Por no ser propietario de los medios de producción es ya instintivamente comunista y aquí hay que buscar la posibilidad de que, en determinadas condiciones y en cierto momento, ese instinto pueda trocarse en conciencia, en partido político. Las clases explotadas -es el caso de los campesinos pequeños propietarios- que carecen de ese instinto no pueden adquirir conciencia socialista, por muchas arengas y bendiciones que sobre ellos lancen los curas tercermundistas y sus seguidores.

La lucha instintiva es una reacción elemental, inmediata, no razonada, que, sin embargo, permite

descubrir que la clase obrera se dirige hacia la sociedad sin clases. Hemos visto que el proletariado libró batallas instintivas por mucho tiempo, antes de adquirir conciencia y las sigue librando después.

Lucha instintiva y lucha consciente no están separadas por un abismo insondable e instinto y conciencia no son elementos totalmente extraños entre sí; contrariamente, conforman una unidad en constante cambio, se condicionan recíprocamente y uno penetra en el otro de manera ininterrumpida, La conciencia arranca de lo instintivo y la lucha consciente es intermitentemente invadida por las explosiones elementales. Algo más, la clase social que ha recorrido gran trecho en la evolución de su conciencia retorna, una y otra vez, a la lucha instintiva.

La lucha instintiva por las reivindicaciones inmediatas se traduce en una conducta economicista, sindicalera, tradeunionista, que, en último término concluye como reformismo y como defensa del régimen de la gran propiedad privada. Lenin enseñó que la lucha instintiva, puramente sindical, solamente puede generar una política tradeunionista, economicista, pero no una revolucionaria: *"el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa"*.

Sin embargo, la lucha elemental y sindical son indispensables para que los trabajadores acumulen la necesaria experiencia que les puede permitir adquirir conciencia de clase, para que puedan aparecer los primeros destellos de ésta. Con la mediación partidista, en cierto momento, esa experiencia de lucha instintiva se trueca en consciente.

La conciencia de clase quiere decir -repetimos que los explotados saben cómo son explotados- cómo pueden libertarse y qué métodos deben emplear para ello. Este conocimiento conduce a la revelación de las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad, en fin, de la contradicción fundamental en su basamento económico.

Entonces la clase revolucionaria (su vanguardia, su partido político) pueden subordinar su actividad diaria a las leyes de desenvolvimiento de la sociedad, a fin de cumplir con su misión histórica, lo que puede permitirle coadyuvar a que esas leyes de la historia se materialicen en el menor tiempo posible y con el menor desgaste de energías.

El proletariado es una clase social sojuzgada y desprovista de cultura; sin embargo, para libertarse debe fusionarse con la ciencia social, con el marxismo, lo que puede lograr únicamente a través de su partido político, gracias a la mediación en el proceso de transformación de su instinto en conciencia.

La clase obrera llega a ser consciente cuando expresa sus intereses generales, vale decir, sus intereses históricos, cuando se emancipa ideológicamente de la burguesía, cuando enarbola su propia finalidad estratégica, diferente al de las demás clases sociales, cuando desarrolla una política revolucionaria. Esto quiere decir que protagoniza conscientemente la lucha de clases, clase contra clase, no solamente el choque aislado de un grupo de obreros contra uno o más capitalistas. La lucha económica se trueca en política al generalizarse: "El movimiento político de la clase obrera tiene como objetivo, desde luego, la conquista del poder político por la clase obrera, y para esto es naturalmente necesario que previamente se haya desarrollado hasta cierto punto una organización de la clase obrera surgida a su vez de la luchas económicas de la misma. Pero, por otra parte, todo movimiento en que la clase obrera se presente como clase en contra de la clase dominante e intente imponérsele por presión exterior, es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa en una fábrica particular o aún en una industria particular, de obligar a los capitalistas a que establezcan una jornada de trabajo más corta, mediante huelgas, etc., es un movimiento puramente económico. En cambio el movimiento que se dirige a conquistar una ley de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento político, Y de esta manera, a partir de los distintos movimientos económicos de los obreros, crece en todas partes un movimiento político, es decir, un movimiento de clase, que tiene por objeto imponer sus intereses en forma general, en una forma que posee una fuerza de compulsión general. Si estos movimientos presuponen cierto grado de organización, son a su vez un medio para el desarrollo de esta organización" (Marx, carta a Bolte, noviembre de 1871).

Si la clase consciente es la que protagoniza la lucha de clase contra clase, ¿las escaramuzas economicistas forman o no parte de esa lucha de clases? Sostener que no, importaría creer que de algún lugar cae una clase obrera totalmente formada, consciente. Las luchas económicas preparan la lucha de clase contra clase, por eso forman parte de la lucha de clases, aunque no son ella misma. El proletariado estructurado como clase se encarna en el partido político.

Todos los días observamos que la lucha de los obreros comienza como choques parciales. El partido revolucionario no repudia estas luchas, sino que interviene en ellas buscando darles un contenido y una proyección políticos, buscando generalizarlas.

### 3

## CARACTERÍSTICAS DE LOS SINDICATOS

Se tiene indicado que los sindicatos aparecen de manera necesaria e inevitable en cierto momento de la evolución del proletariado, como su organización propia y obedeciendo a impulsos instintivos, de manera espontánea.

Marx enseñó que los sindicatos eran verdaderas escuelas de socialismo, lo que importa decir que los explotados comienzan a educarse y madurar en la lucha cotidiana que libran en esas sus organizaciones propias: *"los sindicatos son la verdadera organización de clase del proletariado con los cuales realiza su lucha diaria contra el capital y a los que hoy día es imposible aplastar, ni siquiera mediante la más severa reacción"* (Carta de Marx a Bebel, marzo de 1875).

Los sindicatos aparecen históricamente cuando la clase obrera todavía no es consciente, pero cuando ha acumulado cierta experiencia en su lucha diaria, espontánea, cuando se presenta como imprescindible centro organizador de los explotados: "Las tradeunions (los sindicatos) fueron en su origen, sin darse cuenta, centros organizadores de la clase obrera, así como las comunas y las municipalidades en la Edad Media lo fueron para la clase burguesa. Si las tradeunions en su primera capacidad son indispensables en la guerra de escaramuzas entre el trabajo y el capital, son todavía más importantes en su última capacidad, como órganos de transformación del sistema asalariado y de la dictadura capitalista" (Resolución del congreso de Ginebra de la Primera internacional, 1866).

Señalada su importancia, no hay que confundir al sindicato con el partido político o con los órganos de poder de las masas, hacerlo importaría caer en una grave desviación infantilista o anarco-sindicalista, Por esto conviene señalar, los rasgos diferenciales de la organización gremial:

**a)** El sindicato comprende a los obreros que pertenecen a un determinado centro de trabajo: es lo más amplio posible, aunque en la práctica y normalmente, sólo un veinte por ciento de los trabajadores interviene directamente en las actividades gremiales. En Bolivia (la ley señala que un sindicato se organiza si cuenta con el apoyo del cincuenta por ciento de los trabajadores de una mina o de una fábrica) en cada empresa funciona una sola organización sindical, lo que se traduce en la existencia de un único sindicato. La regla puede ser: cuanto más amplio, un sindicato es mejor.

**b)** Tiene una existencia legal y sus actos son públicos. La actividad sindical es multitudinaria y sus acuerdos deben ser del conocimiento de todos los afiliados, por eso no puede ser totalmente clandestino. Lenin señaló que debía ser "lo menos clandestino posible". El solo funcionamiento de los sindicatos ya impone de hecho la vigencia de determinadas garantías democráticas. La experiencia de los sindicatos clandestinos durante la dictadura del general René Barrientos ha dejado valiosas lecciones: pueden funcionar en la más estricta clandestinidad los equipos de dirección; el grueso de la masa puede demostrar su disposición a obedecer todo lo que resuelva esa dirección; pueden realizarse limitadas asambleas inesperadas y relámpagos (en el interior de las minas sucedía eso), pero es indiscutible que la activa participación de las bases en la vida sindical se ve cercenada y, a veces, totalmente impedida.

En los hechos, esos sindicatos son solamente dirección; es claro que tienen un enorme valor cuando se trata de luchar contra la dictadura o de poner a salvo principios elementales del sindicalismo de orientación revolucionaria.

La necesaria publicidad de los actos del sindicato, de manera que todos los obreros de base sepan qué hace su organización y cómo se dirige, constituye uno de los requisitos que puede permitir que todo lo que haga pueda previamente ser conocido por los obreros. Las resoluciones, documentos, etc., no deben aparecer inesperadamente, sino que deben ser el resultado de una amplia discusión de las bases.

Merece párrafo aparte la norma de la más amplia publicidad en el manejo de los dineros sindicales, que se convierte en el punto de arranque de la ilimitada confianza de las bases en sus dirigentes. Los dineros sindicales pertenecen a todos los obreros (únicamente en caso de extrema degeneración pueden los dirigentes considerarlos suyos) y deben ser manejados con una extrema escrupulosidad y honestidad. En realidad, corresponde al grueso de los trabajadores disponer, mediante las asambleas generales, el destino que se dé a esos recursos.

El sindicato no desarrolla actividades clandestinas, salvo casos muy especiales. Inclusive la organización de milicias armadas, acopio y fabricación de elementos bélicos se hacen con conocimiento de los sindicalizados, como demuestra tan elocuentemente la experiencia.

La vigencia de las garantías democráticas y su ampliación en favor del grueso de las masas, que tiene relación con la posibilidad de usar los medios de producción y sobre todo los medios de comunicación social, es de vital importancia para las organizaciones sindicales pues así no solamente podrán llegar hasta las capas mayoritarias de trabajadores, sino a la misma población cuando se trata de entablar y ganar batallas publicitarias, que pueden adquirir significación para el logro de determinadas reivindicaciones; de aquí arranca la necesidad de que se defiendan esas garantías y se las amplíe constantemente. Esto no quiere decir que los obreros se vuelven democratizantes o parlamentaristas, sino únicamente que saquen ventaja de las garantías democráticas para hacer más fructífera su lucha.

Al sindicato pertenecen todos los obreros que trabajan en una empresa, independientemente de su filiación partidista, de su alineamiento ideológico o religioso. En la organización gremial más revolucionaria no puede exigirse a ningún aspirante al sindicato que previamente jure fidelidad a determinado programa político. Contrariamente, su fortaleza radica en el hecho de que abarca a todas las gamas ideológicas existentes en el seno de las masas. Se trata de una forma elemental y primaria del frente único de la clase. Violentar esta característica importa debilitar al movimiento obrero. La clase obrera sigue siendo heterogénea en su composición, lo que explica sus continuas oscilaciones. El sindicato corresponde a esta heterogeneidad y la sintetiza.

Es fácil comprender que las organizaciones sindicales, de la misma manera que todas las de masas, no son revolucionarias ni reaccionarias por sí mismas, por su naturaleza, sino que siguen determinada orientación política de acuerdo a la tendencia que logra enseñorearse y convertirse en dirección.

¿Y si el sindicato ha adoptado una declaración principista revolucionaria? aún en este caso no se pierden los rasgos que hemos señalado. La aprobación de un programa revolucionario es el resultado de una ocasional, y particular correlación de fuerzas, lo que no supone que todos los afiliados (que pertenecen a partidos contrapuestos) obedezcan a esa línea.

Un programa revolucionario en los sindicatos es, de manera indiscutible, una conquista valiosa, esto porque puede permitir al partido del proletariado realizar un buen trabajo de educación y organización apoyándose en él, le puede facilitar una fuerte penetración en las masas en caso necesario. Con todo, para que ese programa guíe realmente los pasos del movimiento obrero en la lucha cotidiana hace todavía falta que los sindicatos tengan en sus direcciones a tendencias revolucionarias, este aspecto es capital tratándose de la dirección de las masas. Consolarse con la especie de que las organizaciones de masas que cuentan con documentos programáticos revolucionarios son ya revolucionarias para siempre, constituye un gravísimo error que puede conducir a muchos descalabros y a una criminal inactividad en el seno de los sindicatos. Hace falta todavía que los revolucionarios ganen y organicen a las masas con ayuda del programa revolucionario. Importa un significativo avance, pero solamente un avance, la transcripción en lenguaje sindical, que es más accesible a las grandes masas, del meollo del programa partidista, vale decir, de la estrategia del proletariado. Partiendo de esta conquista tiene que realizar el partido político un trabajo de penetración en las filas sindicales y de captación de la vanguardia de la clase.

Cuando los sindicatos están dirigidos por tendencias contrarrevolucionarias o han concluido estrangulados por las camarillas burocráticas, el programa revolucionario es traicionado o simplemente olvidado, esto porque constituye un estorbo para los ocasionales dirigentes. En este caso, corresponde al partido revolucionario agrupar a los obreros desde el llano y la oposición alrededor de sus verdaderos objetivos, lucha que puede tornarse larga y llena de múltiples obstáculos.

Los que sostienen que los sindicatos con programas revolucionarios ya son definitivamente revolucionarios -no pocos añaden que ya nunca se equivocarán y que en ningún caso podrán adoptar medidas contra la clase- confunden a la amplia organización gremial, al frente único, con el partido político. La claridad en este problema es uno de los requisitos para una buena actuación en el campo obrero, en el seno de las masas. Inclusive un partido revolucionario puede, en determinadas condiciones, tornarse contra-revolucionario.

Los sindicatos han cumplido inicialmente la tarea de organizar y unir a los explotados y fueron las masas movilizadas las que comenzaron por imprimirle sus características iniciales. Sin embargo, a medida que fueron consolidándose y quedaron inmersos en el marco del legalismo y de las reformas sociales fueron adquiriendo rasgos conservadores, particularmente cuando irrumpió en el escenario el partido de la clase obrera.

Esos rasgos conservadores tienen relación con la burocratización y el gradual endurecimiento en materia organizativa, de manera que en la práctica sólo minoría de los trabajadores actúa en su seno. Es a esta altura que irrumpió nítida la diferenciación con el partido político, el apoliticismo, el reformismo, en fin, el colaboracionismo clasista fueron ganando mucho terreno. Los sindicatos, que se los suponía armados de una ideología revolucionaria a ultranza, no tardaron en agachar la cabeza ante la clase dominante, repudiaron la acción directa y prefirieron el camino del arbitraje obligatorio, del legalismo, de los interminables diálogos con los representantes del gobierno burgués, buscando siempre un acuerdo, inclusive a costa de los intereses de las bases sindicales.

Para comprender la verdadera naturaleza de los sindicatos se debe tener en cuenta que éstos pueden llegar a adoptar posiciones amenazadoramente temerarias cuando se agudiza la lucha de clases, cuando se vive un período de ascenso revolucionario, observación que vale tanto para los dirigentes como para el grueso de los sindicalizados, pero en los períodos de reflujo se apresuran en hacer reflorar ideas cavernarias, en deslizarse por el tobogán del colaboracionismo clasista, del sometimiento a la política burguesa. Durante el reflujo, la clase dominante actúa a través de las estratas rezagadas de la clase y puede llegar a neutralizar a la vanguardia. Únicamente el partido Político, debido a su homogeneidad, es capaz de mantener en alto la bandera revolucionaria, inclusive en las etapas de la más negra reacción; el sindicato concluye desvirtuando su tradicional política y lucha radicales.

El sindicato, además de ser el terreno adecuado para librar la lucha alrededor de las reivindicaciones transitorias, del necesario mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de los obreros, puede convertirse, sobre todo bajo la influencia del partido revolucionario, en valiosísimo canal de movilización que conduzca hacia la revolución proletaria. Pero, el sindicato, dada su heterogeneidad y el que no pueda mantener consecuentemente una determinada línea política, no tiene posibilidades de reemplazar al partido como dirección política de las masas, que asegure la victoria insurreccional y su imprescindible consolidación. Es el partido, dirección de la clase, el que actúa a través del sindicato y así lleva su línea política hasta el grueso de las masas, y no a la inversa.

La política revolucionaria, la política propia del partido del proletariado, comprende todos los aspectos de la vida social, incluyendo el sindical. El sindicato es un valioso auxiliar para la materialización de esta política y lo es también, como se tiene indicado, porque es la escuela elemental del comunismo. El intento de suplantar el partido por el sindicato es una desviación ultraizquierdista o anarquista.

El sindicato siempre hace política, inclusive cuando se declara apolítico. ¿Qué clase de política? Esto depende de la tendencia que domine la dirección. La política que desarrolla el "sindicato obrero" tiene también un contenido de clase que es preciso poner al desnudo para poder saber si sigue alineado o no dentro de los intereses históricos del proletariado. Si su actuación diaria se subordina a la estrategia de la clase se puede decir que desarrolla una política propia del proletariado; pero, si se aparta de ella significa que se ha convertido en canal de difusión de la política burguesa, que ha cambiado de contenido de clase y que ha dejado de defender los intereses esenciales de los explotados y no meramente inmediatos. No faltan los que sostienen que los sindicatos son capaces de desarrollar una política totalmente extraña a la planteada por la burguesía y por las tendencias comunistas. Esto es inconcebible tratándose de organizaciones obreras, que necesariamente están inmersas en la lucha de clases y como protagonistas principales de ésta. La lucha revolucionaria es la lucha de clase contra clase, es decir, del proletariado contra la burguesía. Aquí no hay lugar para los términos medios; los que no luchan por sepultar al capitalismo se pronuncian en favor de su conservación, importando poco que sea o no a través de la

introducción de reformas.

## 4

### EL PARTIDO POLÍTICO

**E**s otra de las organizaciones propias de proletariado, que aparece en cierto momento de la evolución de su conciencia, cuando ha logrado estructurarse como clase. Leemos en el "Manifiesto Comunista": *"Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ella los medios cada vez más fáciles de comunicación creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política... Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político..."*

Esto quiere decir que el partido es la misma conciencia clasista. Expresa los intereses generales del proletariado, vale decir, su finalidad estratégica. No solamente se trata de que sea portador de la ciencia social, el marxismo, al seno de las masas, sino que las transforma radicalmente, las vuelve conscientes. El partido permite la fusión de los explotados con la ciencia; paso imprescindible para que de potencialmente revolucionarios se concreten como tales. En medio de la heterogeneidad proletaria, es la vanguardia la que concentra la conciencia clasista y ésta se desenvuelve en su seno, proceso que no se cumple en la totalidad de la clase. El partido político revolucionario no es otra cosa que la vanguardia organizada de la clase; su función no se circunscribe a ser el receptáculo de la conciencia clasista, el generalizador de las experiencias aisladas de la clase, sino, y fundamentalmente, a cumplir el papel de principal palanca impulsora del desarrollo de esa conciencia. El partido en este papel esencial para la evolución política de las masas es irremplazable.

El partido es la clase misma ("la organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político"): encarna al proletariado organizado como clase y expresa de la mejor manera posible sus intereses generales, históricos, en síntesis, la esencia de la clase revolucionaria.

El proletariado hace política -si es revolucionaria, política imprescindible- a través de su partido y no del sindicato, que en este caso se ubica en el lugar de la mediación. ¿Por qué decimos esto? Porque la política revolucionaria es la lucha de toda la clase, expresando sus intereses generales o históricos. Los que preconizan el apoliticismo y la neutralidad sindical frente al partido obrero, sirven al enemigo de clase, a la burguesía, cierran el camino a la política revolucionaria.

Hay muchos partidos de izquierda y que se reclaman de la clase obrera, aunque su política se identifique con los intereses de la clase dominante. Surge la pregunta: ¿son todos revolucionarios? Responden afirmativamente los oportunistas que han convertido la actividad política en una de socorros mutuos: todos se cooperan, se elogian y están siempre prestos a conformar frentes por encima de las diferencias ideológicas y al margen de los intereses partidistas. Tanto desprendimiento (ciertamente que desprendimiento absurdo) no es más que máscara que encubre el entreguismo frente a la burguesía. El partido que trueca su programa por las declaraciones frentistas no merece el nombre de tal.

Las diferentes capas de la clase obrera (desde la vanguardia hasta el grueso que no se interesa casi por nada, pasando por los que se empeñan con preferencia en la lucha sindical) permiten que una vasta gama de tendencias políticas se alimenten de elementos obreros. Muchos son, pues, los partidos con militancia proletaria y, desde este punto de vista, pueden considerarse como obreros. Sin embargo, un partido no puede definirse únicamente por el origen social de su militancia: sus objetivos estratégicos son decisivos, desde el momento que corresponden a su contenido de clase. El partido revolucionario de la clase obrera es solamente aquel que en su programa expresa políticamente sus finalidades históricas o estratégicas (destrucción del capitalismo y urgencia de que el proletariado se convierta en clase gobernante): la revolución y dictadura proletarias.

Los partidos obreros que desarrollan una política burguesa (buscan una fórmula gubernamental burguesa), son, pues, partidos obreros burgueses. No luchan por la emancipación del proletariado,

sino porque éste continúe explotado, aunque en atenuada o encubierta. Existe una gran cantidad de agrupaciones políticas que no tienen más declaración de propósitos que su marbete de izquierdistas. Pueden lograr que algunos obreros desorientados o engañados ingresen a sus filas; puede tratarse de gente bien intencionada, trabajadora y rodeada de todas las virtudes imaginables, pero no es posible catalogarlas como revolucionarias porque nadie sabe de las verdaderas finalidades que persiguen en la lucha. Estos "revolucionarios" están condenados a caer en el oportunismo, a deaplazarse constantemente de izquierda a derecha según las oscilaciones que se producen en el seno de las masas (son seguidistas y no dirigentes de los explotados), a concluir sirviendo a la burguesía.

Si se habla del partido revolucionario, éste no puede existir al margen del programa, pues, su finalidad estratégica determinará tanto su línea política como su modalidad organizativa. El programa es algo así como el carnet de identidad de una organización política.

El partido comienza a estructurarse elaborando el programa y alrededor de éste forma sus cuadros. Es el período de las grandes discusiones teóricas, de las fusiones y escisiones alrededor de los principios programáticos, buscando lograr la necesaria homogeneidad ideológica. Trotsky dijo que también la escisión es un método de organización. Con todo y por muy importante que sea la etapa de elaboración programática, el destino del partido no es quedarse como un club de discusión, sino penetrar en las masas y lograr que en éstas se encarnen sus ideas, que así devienen fuerza material. Su objetivo central es la toma del poder a la cabeza de la nación oprimida.

No se trata de que el partido sea la consecuencia mecánica de la clase revolucionaria o el organismo que se limita a llevar la ciencia social del exterior al seno de las masas y nada más. Se establece una inter-relación dialéctica entre partido y masa, un mutuo condicionamiento y una constante lucha mutua penetración entre ambos. Generalmente, la masa, debido a en atraso, comienza rechazando al grupo de propagandistas revolucionados. Cuando acumule cierta experiencia con referencia a las organizaciones políticas burguesa o reformistas, esto en su actividad cotidiana sindical, está preparada para comprender el programa revolucionario, es entonces que se abre ante la prédica partidista. El partido va a realizar su práctica revolucionaria, conocerá a la clase a través de su actividad para transformarla y concluirá transformándose a sí mismo, ajustando y superando su programa, organizando a los elementos de vanguardia, adquiriendo verdadera fisonomía obrera. Esta acción partidista impulsa hacia adelante al conjunto de la clase en la evolución de su conciencia, esto en el campo de la práctica y no de la repetición mecánica de los principios de la ciencia social, lo que necesariamente plantea problemas inéditos que debe responder el partido si quiere mantener su condición de dirección política, si no lo hace, de palanca impulsora del desarrollo de la conciencia se trueca en freno; entonces será nuevamente rechazado por las masas. Si los desajustes programáticos no son debida y oportunamente rectificadas a través de la autocrítica creadora, el partido puede trocarse de revolucionario en contrarrevolucionario.

Existe la tendencia a confundir al partido con los frentes políticos o bien a sustituir a aquél por estos últimos. La organización del partido constituye la mayor de las tareas en el trabajo revolucionario y es un equívoco el pretender sustituirla con la formación de frentes, en los que invariablemente las organizaciones débiles sirven a las fuertes. La debilidad organizativa no debe ser disimulada y sí superada.

El partido revolucionario es clasista, es decir, corresponde a los intereses históricos de una clase, en este caso del proletariado. No pocas veces nos hemos encontrado con desviaciones que buscaban estructurar en los países atrasados "partidos obrero-campesinos" o policlasistas, esto con dos argumentos: que el proletariado es una clase minoritaria como consecuencia del poco desarrollo capitalista del país o bien que la opresión imperialista obliga a nivelar los intereses materiales de las diferentes clases sociales o a postergarlos frente a la necesidad de luchar contra el enemigo común.

Los diferentes intereses clasistas son materiales, se refieren, en último término, al destino de la plusvalía, por eso son irreconciliables. El proletariado es la clase revolucionaria por excelencia por el lugar que ocupa en el proceso de la producción, esto independientemente de su número. La opresión imperialista es nacional y no exclusivamente de clase, pero lejos de nivelar los intereses clasistas, los exacerba. El proletariado minoritario es la única clase social, por ser revolucionaria, capaz de expresar adecuadamente los intereses de toda la nación oprimida por el imperialismo y de consumir la liberación nacional en su tránsito hacia su total emancipación, En la práctica la contradicción en los países atrasados se da entre el proletariado, expresión de la nación oprimida, y el imperialismo.

En un bloque o partido policlasista, no puede esperarse sacar el término medio entre los intereses diferentes y contrapuestos de las clases sociales, sino que una de ellas tiene que sobreponerse sobre las otras y actuar como dirección política. El problema fundamental radica, precisamente, en saber que clase social es la que dirige en una determinada organización. Los partidos policlasistas (MNR, APRA, KUOMINGTANG, etc.) sirven invariablemente de canal a la política burguesa.

El proletariado para poder emancipar a la sociedad, tiene antes que emanciparse de ésta, constituirse en clase. Esta emancipación se refiere, sobre todo, a la influencia ideológica y organizativa de la burguesía. Al integrarse como partido político enuncia su propia estrategia; fija con nitidez sus perfiles clasistas. El partido del proletariado no puede ser también el partido de las otras clases sociales; otra cosa es que se ve obligado a expresar intereses ajenos por su condición revolucionaria y porque debe convertirse, en cierto momento, en dirección de los explotados.

Es necesariamente una organización minoritaria, esto porque está constituida por revolucionarios profesionales y porque no es otra cosa que la estructuración partidista de la vanguardia de la clase obrera y no del conjunto de ésta. Revolucionario profesional es aquel que domina el marxismo, conoce y maneja las reglas del arte de la conspiración, de la organización partidista, de la propaganda y de la agitación. Los obreros más inteligentes, valientes y dotados de los indispensables atributos se lanzan a la lucha y se hacen revolucionarios profesionales.

Este verdadero estado mayor de la clase, tiene que ligarse estrechamente con las masas, lo que se logra a través de las células, que agrupan a los militantes que trabajan en un determinado lugar, ellas son las encargadas de llevar la línea partidista hasta los sindicatos. La estructura celular está impuesta por la tarea básica que tiene que cumplir el partido: educar y organizar a las masas.

Para ingresar al partido es preciso estar de acuerdo con el marxismo, con su programa y estatutos, lo que se traduce en la homogeneidad ideológica y política de la militancia. Otros requisitos: trabajar en una de sus células y cotizar puntualmente conforme a los ingresos que se perciban. El partido se distingue por obedecer a una sola tendencia, por tener una sola línea política; es una organización centralizada que obedece a una dirección nacional única. La labor del partido revolucionario es conspirativa, esto porque su objetivo es la conquista del poder, la destrucción de la gran propiedad privada y del régimen social que se levanta sobre ella. Cuando propugna la acción directa como método de lucha, prácticamente está desconociendo todo el ordenamiento jurídico imperante. De la misma manera que los explotados, utiliza en su favor las garantías democráticas consagradas por la Constitución y las leyes; esto importa que se esfuerza por sacar toda la ventaja posible de las libertades que conceden los gobiernos o conquistan las masas. Aprovecha a fondo la legalidad y parte de su organización está estructurada con ese fin; sin embargo, conserva su aparato clandestino para evitar que se descubran sus actividades conspirativas. En resumen: realiza actividades legales, públicas, y clandestinas, subrepticias.

El partido consagra una amplísima democracia interna, de manera que los militantes tienen el derecho de discrepar con la línea de la dirección y de realizar propaganda en favor de sus ideas opositoras, al extremo de que pueden constituir fracciones. Este derecho a la discrepancia se refiere a los aspectos tácticos, a la forma de aplicar el programa y no a éste. La línea oficial es la que cuenta con el apoyo de la mayoría de la militancia, que es la que debe ser llevada al seno de las masas, de manera que en el exterior debe plantearse una sola línea. Las minorías opositoras, que nadie puede obligarles a renunciar a sus ideas, tienen que someterse a la línea oficial. El partido es la única organización, por esta, conformada alrededor de un programa único, que puede aplicar el centralismo democrático como norma organizativa.

## 5

### LOS ÓRGANOS DE PODER DE LAS MASAS

Los explotados se levantan, buscando libertarse, desde una posición de extrema explotación y miseria, lo que les obliga a permanecer marginados de la cultura y de todos sus beneficios. La revolución será hecha por el grueso de las masas y no por minorías selectas, aunque éstas sean obreras. El ascenso

revolucionario -más concretamente, la situación revolucionaria- se caracteriza por la incorporación a la lucha de capas frescas de las masas, que generalmente, no tienen antecedentes políticos y a veces ni siquiera sindicales.

El gobierno opone muchos obstáculos y medidas represivas a la movilización de los explotados; éstos se ven colocados ante la urgente necesidad de superarlos y neutralizarlos, si no quieren sucumbir.

Dicho de otra manera: precisan adecuados canales de movilización y organismos dirigentes, pues su total inexperiencia les obliga a oscilar constantemente. Para ellos se convierte en una necesidad imperiosa el arrancar de sus entrañas amplísimas organizaciones de masas.

Se trata de organismos de nuevo tipo. Los sindicatos resultan demasiado estrechos y organizativamente endurecidos para contener esta avalancha de descontentos. Es claro que el partido, dada su naturaleza, no puede englobar a toda esa masa, lo más que podrá hacer es asimilar a los mejores elementos.

Esos colosales canales de movilización se convierten en la única dirección de esa impresionante avalancha de gente nueva, en la única autoridad; son a ellos a los que les piden orientación y solución de todos sus problemas. De manera imperceptible concluyen cumpliendo muchas tareas propias de un gobierno, se ven convertidos en órganos de poder de las masas, en gérmenes de gobierno.

En esta medida plantea, desde un comienzo, la posibilidad y la realidad de la dualidad de poderes con el gobierno central; dualidad transitoria, pues debe definirse en favor de uno de los extremos.

Los órganos de poder no dejan de entrar en relaciones con los sindicatos y con el partido, muchas veces, en los momentos de mayor tensión de la lucha de clases, los órganos de poder tienden a arrastrar detrás de sí a los sindicatos. El partido tiene amplio campo de acción en dichas organizaciones.

Como quiera que la lucha revolucionaria comprende todos los aspectos de la vida social, la política del partido obrero se impone sobre las organizaciones de masas (sindicatos y órganos de poder), las influencia poderosamente y define que su conducta sea revolucionaria o no.